

## LA POLITICA EN LA CALLE

Una reunión de la izquierda unificada —la coalición de socialistas y comunistas con partidos menores, que dio base a las últimas elecciones— ha protestado en París por la decisión gubernamental de prohibir la existencia legal de la Liga Comunista (de carácter trotskysta, con Krivine como secretario general), al mismo tiempo que la del movimiento fascista *Ordre Nouveau*. No le parece que los dos movimientos sean homologables, a pesar de que la Liga Comunista no pertenece a la unión de izquierdas.

Los sucesos que han dado origen a la prohibición se produjeron el 21 de junio. El movimiento fascista organizó una manifestación en contra de la presencia de mano de obra extranjera. Era una manifestación de tipo racista en la que se culpaba a los obreros norteafricanos, españoles e italianos de minar a Francia, muy parecida a las de los grupos maurasianos de antes de la guerra contra los «metecos». Suponía una respuesta a las manifestaciones de obreros (principalmente, el 1 de mayo) contra la discriminación realizada con los trabajadores extranjeros: la explotación a que se les somete para obtener sus documentos (y los trabajos a bajo precio, clandestinos, que se les encargan por patronos sin escrúpulos cuando no tienen esos documentos), la imposibilidad de ascenso de ciertas categorías laborales inferiores, las barracas en que se les aloja, su falta de protección sindical...

La manifestación fascista fue interrumpida por los militantes de la Liga Comunista, que quisieron disolverla. La Policía se opuso a la interrupción, y se produjo una batalla campal entre la Liga Comunista, de un lado, y la Policía y los fascistas, de otro. La consecuencia fue una decisión del Ministerio del Interior aludiendo a una Ley de 1936 que prohíbe la existencia de «grupos de combate y milicias privadas», por la cual ha puesto fuera de la ley a los dos partidos, y la detención de Krivine invocando las reformas del Código Penal, que permiten la persecución judicial a los inspiradores de desórdenes públicos.

La Liga Comunista (enemiga del partido comunista) es de política trotskysta; condena simultáneamente al capitalismo, al stalinismo y a la coexistencia pacífica; no excluye el uso de la violencia para la implantación de un régimen socialista, pero acepta también el juego del sistema (presentó noventa candidatos a las elecciones generales: ninguno fue elegido). Sucedió a otras dos organizaciones ya disueltas por el Gobierno: la Juventud Comunista Revolucionaria y el Partido Comu-

nista Internacionalista (PCI). Cuenta, aproximadamente, 3.000 militantes. Su base está formada por células y «comités rojos», sus congresos eligen el comité central, el cual, a su vez, elige el buró político. Publica el semanario «Rouge» (30.000 ejemplares), «Iv Internacional» y «Los cuadernos rojos». Con Alain Krivine (que se presentó como candidato a las elecciones presidenciales de 1969), sus principales dirigentes son Pierre Frank, Henri Weber y Daniel Bensaid.



Alain Krivine.

Orden Nuevo está fundado en 1968 con la intención de recoger y sumar todas las fuerzas de la extrema derecha que se opusieron al movimiento de mayo. La fundó Jean-François Galvaire, muy relacionado con Tixier-Vignancourt. Trató de organizar su primera reunión pública en diciembre de 1969, en un cine, pero el estallido de unas bombas lo impidió. En febrero de 1970 quiso organizar una reunión internacional de partidos fascistas europeos (como el NPD alemán y el MSI italiano), pero fue prohibida. Publica numerosos periódicos: «Por una Joven Europa», «Defensa de Occidentes», «L'Elite Européenne», «Rivarol», «Minute». En sus doctrinas figura la destrucción de la sociedad actual, el anticapitalismo y la institución de «un Estado nuevo, idealista y extremista» que prohíba «las corrientes de ideas perniciosas y antifamiliares» y dé a todos los jóvenes instrucción paramilitar.

Tampoco las opiniones de la derecha están conformes con la homologación de las prohibiciones. Estiman que la Liga Comunista sí debió ser prohibida, puesto que atacó a la Policía, pero no Orden Nuevo, que estaba a su lado.

## LOS BUENOS VECINOS DE MANHATTAN

Dos escaños en la ONU, pero con la esperanza de ocupar un solo puesto en Europa

El 18 del próximo septiembre, en Nueva York, algunos minutos después de que la Asamblea General de las Naciones Unidas ratifique la «recomendación» que acaba de hacerle su Consejo de Seguridad, dos nuevas delegaciones nacionales —las que hacen los números ciento treinta y tres y ciento treinta y cuatro— ocuparán sus respectivos escaños en la inmensa sala de debates, junto al East River: la de la República Democrática Alemana de Erich Honecker y la de la República Federal de Alemania de Willy Brandt.

A primera vista, este ingreso a dos en el club de los países independientes, a los veintiocho años de la derrota del Tercer Reich, parece consagrar definitivamente la separación de Alemania. Un diplomático de Bonn recordaba amargamente a este respecto unas palabras de François Mauriac: «Me gusta tanto Alemania, que me regocija la idea de que haya dos».

No todo el mundo parece, sin embargo, compartir el punto de vista de Mauriac. El ministro francés de Asuntos Exteriores, por ejemplo, acaba de expresar, en una entrevista concedida al semanario alemán «Der Spiegel», su temor de que pueda crearse en el corazón mismo de Europa «una zona que goce de un estatuto especial». Michel Jobert hacía así alusión a un artículo del «tratado fundamental» firmado por ambos Estados alemanes, según el cual Bonn y Berlín Este se comprometen a «apoyar los esfuerzos tendentes a reducir las fuerzas y armamentos en territorio europeo». Idea esta anodina a primera vista. Sin embargo, Georges Pompidou y Michel Jobert están convencidos de que la reducción de fuerzas en Europa, tan anhelada por la Unión Soviética y ahora admitida, al parecer, por los mismos Estados Unidos, favorecería una aproximación entre ambos Estados alemanes, comprometiendo así la unidad europea.

¿Podría tal aproximación traducirse eventualmente en la reunificación alemana? Ese es, al menos, el temor de Georges Pompidou, como muy bien comprendió Willy Brandt con motivo de la reciente entrevista de ambos estadistas en Bonn. La hipótesis de trabajo de la diplomacia francesa es que, una vez garantizado un acuerdo «global» entre soviéticos y americanos en torno al mantenimiento del statu quo en Europa, Moscú podría tratar de aprovecharse al máximo de la ayuda económica y tecnológica de Alemania Occidental, aceptando a cambio la reunificación alemana bajo forma de confederación. Esta debería mantenerse neutral, y sobre esa Alemania desligada de la Alianza Atlántica pendería la sombra formidable de la Unión Soviética...

## SIN PAGAR DERECHOS DE ADUANA

En Bonn, naturalmente, se multiplican las protestas, a la vez que se invocan los innumerables juramentos de fidelidad a la Alianza Atlántica, pronunciados por los dirigentes germano-occidentales. Ello no impide a Willy Brandt, consciente como es de que ha sido su «Ostpolitik» la que ha «emancipado» a su país y le ha proporcionado una gran libertad de acción, el hacer declaraciones que en París se consideran «irritantes». Declaraciones como la siguiente: «Cuando se describe la situación de la Alianza Atlántica, es preciso tener en cuenta la posibilidad de una eventual cooperación con el Este. No aceptará nada que pueda ser un obstáculo para la "Ostpolitik" de la República Federal».

Tampoco aceptará nada que pueda impedir el estrechamiento de los lazos entre Bonn y la «otra» Alemania. Brandt sabe, además, que el camino de la reunificación pasa por Moscú. El «tratado fundamental» entre ambos Estados alemanes, que entró en vigor el 21 del pasado mes de junio, prevé ya una colaboración activa en materia económica, científica, técnica y cultural: muy pronto se firmarán tratados en ese sentido. Los alemanes orientales, por su parte, van facilitando progresivamente las visitas de los ciudadanos germano-occidentales a la República Democrática Alemana y han dejado de emplear la palabra «revanchistas» para referirse a los dirigentes de Bonn.

Más significativo aún: el primer secretario del PC germano-oriental, Erich Honecker, ha recibido recientemente en Berlín Este a un hombre al que nadie esperaba ver allí: se trata de Herbert Wehner, gran estratega de la social-democracia alemana y uno de los más próximos colaboradores de Willy Brandt. Este encuentro ha estado rodeado del máximo secreto; sin embargo, en Bonn se admite que «el señor Wehner no se ha desplazado para evocar problemas secundarios...».

Hay otros signos inequívocos. El hecho, por ejemplo, de que Erich Honecker haya evocado las «tradiciones culturales comunes» a las que pueden referirse los ciudadanos de ambas Alemanias, fórmula esta que hace sólo un año, habría sido considerada una «desviación» inconcebible. O también el de que nada sea definitivo en las nuevas relaciones diplomáticas establecidas entre ambos Estados alemanes: así, los representantes que pronto habrán de intercambiar no serán «embajadores», sino «representantes permanentes». También en ese punto Berlín Este ha cedido a la presión de la Unión Soviética, a la vez que a la de Bonn, que no desea de ningún modo que el término «embajador» pueda sugerir una sepa-